

## Crónica de un viaje a Cajamarca

### CAMPO MINADO

Parece una metáfora deliberada, pero no lo es. Quince minutos antes de llegar a Cajamarca, al pie de la carretera y con una vista maravillosamente verde, hay un gran aviso con una generosa mujer dibujada sobre letras de colores eléctricos: «El Polvorín», nos da la bienvenida. «Es un **night club**, tú sabes» -sonrisa-, «chicas malas. Está abierto día y noche, pero yo nunca he ido», responde mi vecino de asiento, tose y cambia de conversación. Pero el tema continúa con el taxista que me lleva a la histórica Plaza de Armas, «sí pues, maestro, acá hay varios **night clubs**, discotecas, chicas... -otra sonrisa- fáciles, pues». Muchos cajamarquinos al ser consultados por el estado de la ciudad, hablan de cuatro cosas: prostitución, delincuencia, cantinas y el alto costo de vida. Lo fechan en 1992 y se lo atribuyen a la instalación de Minera Yanacocha. Una frase repetida por mucha gente es «vino la mina y se malogró todo». Esta frase, que sintetiza un estado de ánimo y define una posición, no es propiedad solamente de los mayores.

### UN PAR DE VUELTAS POR LA REALIDAD

A Lily le encanta conversar. Estudió obstetricia en la Universidad Nacional de Cajamarca y está esperando que salga su título y buscar trabajo. Por ahora, atiende en una bodega, gana 200 soles y tiene tiempo para leer, «culturizarse», dice ella. Si trabajara en un hospital, ganaría 450 como máximo y con un horario matador. Le gustaría hacer una maestría fuera de Cajamarca, porque «acá no se ven muchas posibilidades de superación». Vemos pasar por la calle una Toyota 4 x 4 con circulina; así se identifican las camionetas de Yanacocha. Lily es muy crítica con la llegada de la minera a la ciudad. Piensa que han trastocado la vida de la ciudad, se queja de la aparición de cantinas, putas, night clubs, venta de droga. «Antes te parabas en una esquina a esperar el carro y no pasaba nada, ahora te preguntan cuánto cobras», cuenta Lily.

En la subida a la empinada colina Santa Apolonia, Laura atiende una tienda de artesanías; las ventas están bajas. Esta tarde de 26 de junio no ha vendido nada aún, no es temporada de turistas. Laura es menudita y apenas ha empezado a vivir los 20. Le

paltean las pandillas que han aparecido, los patas que chupan en las esquinas, la cantidad de cantinas, el temor de caminar sola de noche y ser asaltada, a pesar del serenazgo. A Lily le molesta la prepotencia de algunos mineros con los que se ha cruzado; «dicen que son de Yanacocha y se les abren todas las puertas, el hecho de que trabajen en la mina no significa que todos vayamos a estar a sus pies».

Los negocios abren a partir de las nueve de la mañana, excepto los restaurantes. Los periódicos de Lima llegan a las diez. Y la plaza de armas empieza a poblarse de lustrabotas, en su mayoría niños que no han terminado la primaria y han renunciado a seguir estudiando, ancianos mendigos, jubilados venerables que salen a tomar el sol serrano, desempleados o gente que no tiene nada que hacer y ve la vida pasar con una mano sobre la mejilla, sin apuros. Después del almuerzo, la ciudad hace siesta. A las seis las niñas salen del colegio, uniforme azul, lazos en el cabello, medias caídas, chaposas y de ojos verdes invaden las calles: ninfulas libres en el jardín del bien y del mal. La ciudad se mueve a un ritmo distinto a partir de las siete. A las siete otra clase de niñas -y otras no tan niñas- esperan su oportunidad.

La calle Apurímac, a la espalda de la plaza de armas, y la plaza misma, son los puntos donde trabajan las putas por 20 soles, incluida la incursión a un hotelito furtivo. Pero también están los famosos **night clubs**, tan mentados por muchos cajamarquinos. El ya mencionado «El Polvorín», el «3½», «Noches calientes», «Vía 11», «Renacer», «Palladium». En este último entrar cuesta 10 soles y te da derecho a una cerveza, por 15 soles más invitas un trago a la chica de tu elección y por 50 más la sacas del local donde tu corazón te lleve. Para los que sólo quieren ver, hay espectáculos de **striptease**, pero siempre con un trago en la mano.

Las discotecas están en el centro de la ciudad; lugares donde pueden mezclar tantos tipos de música como sea posible. Su público son adolescentes escolares y universitarios. Aquí reinan los bacanes del pelo al cepillo, decolorado y con raya al medio. Escuchan con el mismo placer desde el tecno más elemental hasta la tecnocumbia más pegajosa. Para ellos la ciudad ha cambiado para mejor, las discotecas, las movidas nocturnas le han quitado lo monse al, para ellos, otrora ambiente provinciano. Mejor dicho, ahora **hay** ambiente. Se mueven como pejerreyes en las profundas aguas del vacilón.

Distintos a ellos, hay un grupo de chicos, escolares de colegios particulares, de familias con más ingresos, que se reúnen a un lado de la plaza de armas, al pie de las tres astas de banderas, lo que determina que se les conozca como «los chicos del asta». Son alrededor de una docena o más y forman un círculo impermeable al ambiente; usan toda ropa de marca surf, comprada en grandes almacenes, comentan los últimos videos vistos en MTV (el servicio de cable cuesta \$20), sueñan con estudiar en Estados Unidos, tienen su propio estilo de vida y no quieren ser como los demás, es la *gentita*, «son pitucos, se creen lo máximo en Cajamarca», dice Lily, con malicia. Está claro que no son de su simpatía.

## **UN AÑO DESPUÉS, UN AÑO MENOS**

Minera Yanacocha llegó a Cajamarca en 1992. Está instalada a 15 km de la ciudad, a tajo abierto entre los 3800 y 4100 metros, su campo de acción es de 2000 hectáreas, dentro de un denuncio minero de 25 000 hectáreas. El 2 de junio del 2000, un camión de la empresa Ransa que prestaba servicios a la minera, derramó 11 litros, equivalente a 150 kilos, de mercurio inorgánico a lo largo de 60 km, en seis distritos, aunque el más afectado fue el centro poblado de Choropampa, a una hora de Cajamarca. Según el último mapa de la pobreza de Foncodes, el nivel de vida de Choropampa está calificado como de pobreza extrema. Lo que constituye una tragedia ecológica -«es el primer caso en el mundo por contaminación masiva», según el biólogo Nilton Deza- que contaminó a 1800 pobladores, miembros de Yanacocha lo denominan un «evento». «Choropampa es un accidente en la carretera», dice el Ingeniero Carlos Santa Cruz, gerente general de Yanacocha. Más de la mitad de los pacientes atendidos por intoxicación en el Hospital Regional de Cajamarca fueron menores de 5 años. Según los pobladores, representantes de Yanacocha les ofrecían a los niños 5 soles a cambio de recoger el mercurio. Luego, decidieron ofrecer 100 soles por cada kilo de mercurio recogido. El doctor Luis Terán, entonces director del Hospital Regional de Cajamarca y empleado de Minera Yanacocha, dijo que sólo se trataba de un cuadro de alergia debido a una epidemia de rubiola en la zona. CARE sostenía que el mercurio se expulsaba como la cerveza. La entonces directora de CARE, Violeta Vigo, hoy es empleada de Yanacocha.

Un año después, en Choropampa aún hay casas marcadas con una x, símbolo de contaminación. Juana Martínez tiene una pequeña bodega. Ella, su esposo y sus hijos recogieron el

mercurio, por curiosidad. Nadie los alertó del peligro que entrañaba la exposición al mercurio; incluso al día siguiente del derrame funcionarios de Yanacocha afirmaban que no se trataba de una sustancia tóxica. Ahora, ella tiene 111 microgramos de mercurio por decilitro de sangre, cuando valores mayores a 60 son considerados tóxicos. La minera le ofreció 13 750 soles como indemnización, pero ella no aceptó. Tampoco aceptó una indemnización de 4200 soles para su hija. Su hijo sangra todos los días por la nariz, su esposo también. «Es prácticamente como si nos hubieran envenenado. Los niños, ¿cuánto dolor van a resistir? No sé cuál es la intención de Minera Yanacocha que hizo esto con nosotros. ¿No piensan que somos seres humanos como ellos? Nos consideran como algo peor que una cosa material, por eso es que no nos tienen lástima. Mi hermana está embarazada, no sé si su hijo va a ser normal», dice la señora Martínez.

Los síntomas que acusa la gente son dolores de cabeza constantes, fiebre, sangrado, dolores lumbares, desmayos, salpullido, hipertensión arterial. El caso más grave lo constituye el de Luisa Arribasplata, internada en cuidados intensivos del Hospital Loayza. Desde hace un año vive a través de un respirador artificial, en estado de coma. Ella era la obstetra de Choropampa; recogió el mercurio y se expuso, junto con su hija de seis años, al vapor del mercurio en ignición. Hay evidencias de que, según algunos resultados de análisis de sangre, en la sustancia derramada, además de mercurio, también se encontraría arsénico. Algunos médicos del hospital regional trataron de minimizar la intoxicación, que diagnosticaron como rubiola y hasta leucemia. Lo que se desconoce son las secuelas que pueda traer esta contaminación; ésta es la gran preocupación en Choropampa. Se sabe que las dosis mayores afectan el sistema nervioso central, y traen problemas en la visión, audición, memoria, y daños cerebrales.

Elsa Martínez Sánchez no oculta su indignación por el procedimiento de la minera: «se han burlado del pueblo. Nos han chantajeado en reuniones. Han sido abusivos con nosotros, se ríen de nosotros. Me dijeron: "señora, ¿usted cuánto quiere para arreglar? Mejor no diga nada, esto no va a ser tóxico". Ellos debieron decirnos la verdad. Mejor nos hubiéramos ido, dejando nuestras cosas. Ahora todos vivimos aquí enfermos. Ningún día habrá que diga que mis hijos están sanos. Han hecho obras acá, han pavimentado calles. Ése es el trabajo que ha hecho Minera Yanacocha en Choropampa a cambio de nuestras vidas».

Instalado en las lindas oficinas de Yanacocha, el Ing. Carlos Santa Cruz señala que es la filosofía de la empresa tener niveles de excelencia en cuanto al tema ambiental y de entorno social. Tienen mucha preocupación por el impacto ambiental. Ellos fueron los primeros en el Perú en llevar a cabo la presentación del Estudio de Impacto Ambiental, lo que se convirtió en un requisito indispensable para la aprobación de un proyecto minero. Los conflictos con las comunidades, «tratamos de resolverlos de la manera más transparente y más justa». Llamamos licencia social a un vínculo muy participativo con las comunidades; una política de prevención, antes que reactiva, debe tener la aprobación de las comunidades de su entorno. Del próximo gobierno espera un clima de estabilidad, «nos preocupa que haya una convulsión social», dice. El año pasado su producción fue de 1,8 millones de onzas de oro. Ampliaron sus reservas de 33 a 37 millones de onzas, equivalente a una vida útil de 20 años para la mina. La inversión realizada del 2000 fue de \$276.9 millones. Han pagado, según el Ing. Santa Cruz, por concepto de canon \$50 millones y en impuestos \$250 millones al Estado.

Sobre el tema Choropampa, Santa Cruz señala que fueron presionados hasta el extremo por el anterior gobierno para darle una compensación a la población. Dice que han gastado \$12 millones a raíz del derrame, pero que se trata de «una intoxicación de leve a moderada, sin secuelas». Lo que pasa, sostiene, es que la población está siendo manipulada, porque hay muchos intereses en juego detrás de eso. Se les ha dado una compensación de 2000 hasta 20 000 soles a la población. «El problema de salud está resuelto; lo que existe es una neurosis de la gente por este sobredimensionamiento del problema». «Fue una historia negra», añade Santa Cruz. Lo único que queda por recoger, dice, son 250 gramos de mercurio, y lo van a exportar a España a una fábrica de sales mercuriales. No vale mucho: S/.40 por kilo.

Según me contó un empleado de Yanacocha, ellos son muy estrictos con las normas ambientales. Antes del derrame de Choropampa ellos tenían una excelente imagen ambiental, «fue algo que nos costó caro, lo que pasa es que la gente quiere la mamadera, al estar cerca de la mina quiere ganarse algo, piden cosas, otros pueblos quisieran que les derramen mercurio para poder pedir indemnización».

## **LA QUIMERA DEL ORO**

Para alguien que llega de afuera, Cajamarca se muestra como una ciudad en transición, en metamorfosis, que se está despojando de su carácter sosegado. Pero lo está haciendo de manera desordenada, como me lo explicó un taxista: «los terrenos están en \$80-100 el metro cuadrado, la ciudad ha crecido por demanda de la mina y sus trabajadores». Hay personas que ya añoran la «Cajamarca de antes», la preminera, como una nostalgia del bien perdido. Hablan de una ciudad anterior que quizá dentro de poco sólo viva en sus recuerdos. Cajamarca ha pasado de ser una ciudad ganadera a convertirse en el punto aurífero más importante de Sudamérica. Pero hay quienes cuestionan el impacto económico de la minera. «¿Por qué es negativo? Porque no es motor de desarrollo», afirma Reinhard Seifert, un economista agrario alemán asentado allí hace 24 años y casado con cajamarquina. Seifert sostiene que el agua que consume la ciudad está contaminada; que la mina tiene un lema: todos tienen un precio. A él lo quisieron sobornar, se negó y ahora recibe amenazas. Afirma que el diario local «Clarín» está pagado por la mina, así como el prefecto, el director del hospital, y el rector de la universidad. Y el obispo no dice nada.

Para el sacerdote y sociólogo Marco Arana, la minera ha convertido a Cajamarca en una ciudad-campamento, que ha sufrido un proceso de transformación mayor que en los últimos 100 años, marcada por una exclusión extraordinaria, un caldo de cultivo de conflictos y diferencias sociales. Educación, transporte, hotelería, han subido de nivel, pero no los puede pagar el cajamarquino promedio. «Hay una elevación del ingreso y del gasto vinculado a los mineros; en una economía pequeña de artesanos y empleados públicos y un pequeño grupo de ganaderos, los mineros se convierten en un elemento fuertemente dinamizador», dice el padre Arana. Y añade: «los mineros se han convertido en la clase opulenta de Cajamarca, al lado de empleados públicos que antes eran la clase media alta y ahora son los pobres». Estos cambios sociales se reflejan en las relaciones de poder. Aquéllos relacionados con la minera tienen su tajada de la torta. El rol de la otrora combativa Iglesia ha sido seriamente cuestionado en los últimos años por su participación en un no muy claro arreglo en un problema de venta de tierras entre la comunidad de Combayo y Yanacocha. Existen, a decir del padre Arana, dos mundos: el mundo minero y el resto. «La gran minería en un lugar de extrema pobreza constituye un desbalance a nivel social, económico y político. El centralismo limeño se reproduce acá. En Lima no saben lo que pasa en las provincias y los de la capital de provincia no sabemos lo que pasa en el

campo».

Pero cuando extraigan la última pepita de oro, ¿qué?